

dro, — contestóle Fuertes con cierta socarronería, — ha sido usted uno de los tres valientes que nos hemos colado en el pozo por entrar en el balandro; y después, mire usted, yo me he visto cara á cara con los moritos en Monte Negrón y en los Castillejos, y hasta en lo de Wad-Ras, que fué más agrio de lo que á ustedes se les figuró; y sin echármelas de valiente al decirlo, ni perdí la serenidad, ni el coraje... ni las ganas de pegar, porque aquello era otra cosa: había siquiera suelo firme en que pisar... y en que morir, si era preciso, defendiendo la vida honradamente; pero esto es entregarse á la muerte atado de pies y manos y metido ya en el ataúd...

Leto, mientras los del pozo hablaban de esta suerte, explicaba á Nieves las ventajas de un palo, como el del *Flash*, compuesto de dos piezas (la mayor, ó *palo macho*, y la menor, ó *mastelero*, con su tamborete y cruceta entre ambas), sobre el palo *enterizo*, ó de una sola pieza; cómo se fijaba el palo en el fondo del casco encajando su espiga inferior en una mortaja llamada *carlinga*, y se afirmaba después por medio de las cuerdas

que iba señalando y se llamaban *obenques* y *estays*: los obenques bajaban desde la *encapilladura*, junto á la cruceta, y los estays desde la suya en el arranque del *galopillo*, ó remate superior del palo; cuál era la *botavara*, cuál el *pico de cangreja*, y cómo se manejaba y con qué cuerdas ó drizas cada vela de las cuatro que tenía el yacht (*mayor*, *trinquetilla*, *escandalosa* para los buenos tiempos, y *foque volante* para las *empopadas*). El agujero que había á media cubierta, entre el pozo y el costado de estribor, era el de la bomba de achique, muy usada, porque en las *arfadas*, ciñendo el balandro, embarcaba en el pozo bastante agua: *rociones* y *garranchos*, según el estado de la mar; tal pieza era el *cabillero* para las drizas de maniobra; cuáles otras, las *cornamusas* para afirmar las escotas del foque y las de la trinquetilla; otra en el suelo mismo junto al agujero del *pañol* de cadenas, el *guindaste*, en el cual se hacía firme la coz de botalón, etc., etc. Muchos, muchísimos detalles dió Leto á Nieves, llamando á cada cosa con su nombre técnico, porque así lo quería la animosa sevillana.

Cuando ya no tuvo nada que explicarla sobre cubierta, la dijo:

— Vamos ahora, si usted quiere, á ver la cámara.

A la cámara se entraba por el pozo, en cuyo lado de hacia proa estaba la puerta, de dos hojas, con un cuartel de corredera. Abrió Leto y entraron las cinco personas, teniendo que descubrirse don Adrián, porque para un sombrero como el suyo, puesto sobre la cabeza, no había allí bastante altura de techo. Por lo demás, sobraba sitio en que revolverse los visitantes con desahogo. Nieves se admiró de ello y del primor con que estaba dispuesto y hecho todo en aquel microscópico salón, que resultaba hasta lujoso. A cada lado de la puerta había un armarito, y otro más ancho enfrente de ella; á cada lado de los otros dos de la cámara, un cómodo diván, y en el centro una mesita atornillada en el suelo, con las alas dispuestas de modo que podía servir para una docena de comensales. Retirando Leto uno de los almohadones, levantó la tabla sobre la cual estaba tendido; y la tabla resultó ser tapadera de un largo cajón,

bien provisto ciertamente, pues fué sacando de él el hijo del boticario dos amplios y superiores impermeables; un vestido completo de mar; media docena de hermosas toallas y dos sábanas de baño, y algunos objetos más por el estilo; todo ello puesto allí por el precavido y rumboso inglés, lo mismo que los objetos de aseo y los útiles de pesca, licores exquisitos y confortantes, y libros (en inglés desgraciadamente para Leto) que trataban, con excelentes dibujos, de materias pertinentes á todos los destinos imaginables del barco, que se guardaban en los armarios. Todo lo conservaba Leto donde y como el inglés lo había dejado, por respeto cariñoso á la memoria de su amigo. En el centro del copete del más grande de los armarios, había una chapa de metal bruñido, con dos nombres grabados sobre una fecha. Señalando á los nombres, dijo Leto:

— Este es el blasón de nobleza del balandro: *Mr. Watson* y *Mr. Fife*: el ingeniero y el constructor de yachts más afamados de Inglaterra. ¡Deberé yo estar agradecido á un hombre que me dejó tan rica prenda de

su amistad? ¡Y se extraña mi padre algunas veces del mimo con que la trato!... Pues hay que ver ahora, prácticamente, sus condiciones marineras que tanto les he ponderado, si no le molesta á Nieves y lo consiente el señor don Alejandro...

— Caballeros, — dijo al oírlo don Claudio, levantándose de golpe y andando hacia la puerta: — aquí sobra uno; y ése soy yo.

— ¡Pero, don Claudio!... — exclamaba Nieves, riéndose del arranque de su amigo.

— Nada, nada: cada uno es cada uno, y yo sé bien lo que me hago... Y también usted lo sabe al venirse conmigo, señor don Adrián, — añadió Fuertes volviéndose un momento hacia el boticario. — Porque yo doy por supuesto que usted tampoco se queda, aunque le aspen.

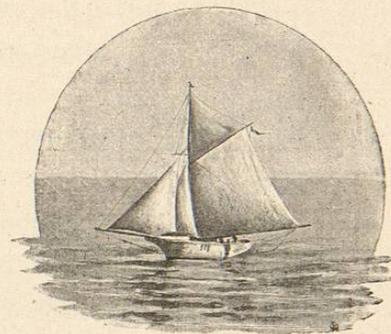
— Verdaderamente, — contestó el aludido, que estaba algo inquieto por falta de franqueza, moviéndose un poco hacia la puerta, — que no soy de lo más apto para este género... eso es... de diversiones... Por otro lado, ¡caray! la edad... eso es. De manera que, si no se tomara á mal...

— ¡Qué ha de tomarse, hombre! — díjole

don Claudio, volviendo para cogerle por un brazo. — Y aunque se tomara... Véngase, véngase, don Adrián; y verá usted qué guapamente estudiamos las condiciones marineras del *Flash* desde tierra firme.

— Conste, señor matamoros, — dijo Bermúdez desde la puerta de la cámara cuando ya salía del pozo el comandante llevándose á remolque al boticario, — que no solamente doy el permiso que me ha pedido Leto, sino que me quedo, y con gusto... ¡con mucho gusto, canástoles! mientras que usted se larga.

— Con gusto, ¿eh? — respondió Fuertes sin volver la cara. — ¡Ay! mi señor don Alejandro... ¡si hubiera espejos para ver á los hombres por sus adentros en determinadas ocasiones!... Cornias, arrima un poco más el barco, hijo... Así... ¡Ajá! Cuidado,



don Adrián... Venga la mano... Eso es...
¡Divertirse, caballeros!

¡Cómo le pusieron entre Nieves y su padre desde el yacht!

— A la faena ahora, — dijo Leto á su edecán, sin oír á los unos ni á los otros, porque ya estaba con la fiebre de sus glorias. — Usted, Nieves, á sentarse aquí; y usted, don Alejandro, á su lado... Perfectamente... ¡Cornias!... desatraca, y á franquearnos con el foque... Bueno... Ya va... ¡Lista la driza de pico!... Yo á la de boca... ¡Iza!

Hecha la maniobra en regla, hinchóse la extensa lona, y cayó el barco al lado opuesto, navegando ya.

— No hay que asustarse, Nieves, — dijo Leto sonriendo al notar en ella, y particularmente en su padre, cierto movimiento de sorpresa desagradable: — es el saludo del *Flash* á la llegada del viento.

— Bien me parece esa cortesía, — respondió Bermúdez agarrándose á la brazola mientras Nieves se sonreía despreocupada; — pero en todas partes, después del saludo al aire libre, vuelven las gentes á cubrirse

y á enderezarse, y aquí observo que pasan las cosas de otro modo: el *Flash*, después de saludar, continúa inclinándose y andando á más y mejor.

— Es de necesidad, señor don Alejandro: como que vamos casi de proa al viento. Mucho más ha de inclinarse todavía.

— ¡Buen consuelo, hombre!

— Ya le va tomando el gusto al agua...
¿Oyen ustedes cómo la paladea?

— Y también veo — respondió Bermúdez — que la destina á otros usos. ¡Mira, mira, Nieves, cómo se tumba el condenado, para fregotearse las costillas con ella! ¿Qué te parece de esto, hija?

— ¡Muy bien! — respondió Nieves, fascinada por el lance, con los ojos voraces, la boquita entreabierta y palpitantes las rosadas ventanillas de la nariz.

El barco había entrado en su andar desembarazado y franco; y ciñendo siempre para ganar terreno hacia fuera, no cesaba de inclinarse. Bermúdez lo notaba intranquilo, y oía el borboteo del agua debajo del lanzamiento de la popa; el crujir de la perchería del aparejo y el crepitar de las

lonas; y hasta comenzó á ver una faja de espumilla hervorosa á todo lo largo del carel inclinado, como si pugnara por colarse adentro. Leyóle estos cuidados en la cara Leto, y le dijo para tranquilizar de paso á Nieves, que, ciertamente, no lo necesitaba:

— Repare usted que vamos solamente con el foque y la mayor, y que la mar está como una balsa de aceite. ¡Qué diría usted si izáramos la escandalosa allá arriba, como la hubiera izado yendo solo?... ¡Si esto es navegar en una palangana! De todas maneras, hasta acostumbrarse más á estas posturas violentas, no dejen ustedes de agarrarse al respaldo.

— Ya, ya, — respondió Bermúdez que no podía agarrarse más de lo que estaba; — pero lo que veo yo es que el agua anda si entra ó no entra por este costado, y que vamos echando demonios.

— Y aunque entrara ¿qué?

— ¡Pues digo! ¡como si fuera lo más usual y corriente!

— Y lo es, señor don Alejandro; y va el *Flash* tan guapamente con un par de tablas de la cubierta debajo del agua.

— ¡Canástoles!

— ¿Quiere usted verlo?... ¿Se atrevería usted, Nieves?

— ¡Pues no he de atreverme? — respondió ésta como extrañada de que Leto lo pusiera en duda.

— Por visto, señores, por visto, — dijo resueltamente Bermúdez. — ¡Canástoles! para prueba sobra con esto, que no es poco, sin necesidad de que tentemos á Dios.

Nieves y Leto, y hasta Cornias que atendía á la escena medio sentado arriba sobre el tejadillo del tambucho, se echaron á reír.

— Mira, papá, — dijo de pronto aquélla, — qué bonita es esta costa de la bahía. ¡Cuántas islillas verdes que apenas se alcanzan á ver desde casa! ¿Y don Claudio y don Adrián? ¡Qué lejos quedan!... ¡Míralos!... Creo que saludan.

— Hija mía, — respondió Bermúdez sin volver hacia ella más que la intención, porque la visual del ojo útil se la estorbaba la nariz, — necesito ambos brazos para agarrarme, y toda la voluntad para guardar el equilibrio en esta postura. Contéstalos tú por mí si te parece.

— Ya lo hago por todos, — repuso Nieves volviendo el busto hacia el muelle y agitando el pañuelo con la mano izquierda. Después de unos instantes de silencio, añadió, con el oído muy atento hacia proa: — Fíjate bien, papá.

— ¿En qué, hija?

— En el ruido que va haciendo el barco... Lo mismo que si fuera arrastrándose sobre papeles de seda.

— Exactamente, — confirmó Leto; — y si usted continúa fijando la atención en ese ruido, llegará á oír conversaciones, y cantos á la sordina... y todo lo que usted quiera, hasta acabar por dormirse.

Tras esto callaron todos por un buen rato, como si se tratara de poner á prueba las afirmaciones de Leto, mientras el yacht continuó deslizándose al mismo andar. De pronto dijo Nieves dirigiéndose á Leto:

— Pues tiene usted razón: fijándose mucho en el ruido ese, se oye todo lo que se quiere oír... ¿No crees tú lo mismo, papá?... ¡Mira qué llana, qué brillante y qué hermosa está la bahía! Parece un espejo muy grande.

— Muy grande, muy hermosa y muy llana, — respondió Bermúdez inmóvil y rígido, — y muy entretenidas esas cosas que decís que se oyen debajo del barco: todo está muy bien, menos esta condenada postura que no me deja gozarlo. Esto es un despeñadero.

— Pues cuidadito ahora, — le advirtió Leto sonriéndose, — porque va á inclinarse un poco más.

— ¡Más todavía, hombre? — exclamó Bermúdez, queriendo clavar las uñas en la brazola. — Y ¿por qué?

— Porque voy á preparar la virada, dando mayor andar al barco.

Dicho esto, metió la caña á estribor; con lo cual, presentando el *Flash* mayor superficie al viento, recibió mayor impulso de él, y el festón espumoso que andaba lamiendo por fuera el carel de babor, le echó unas cuantas lengüetadas por adentro. Entonces gritó Leto á su edecán:

— ¡Cornias... á virar! ¡Salta escota foque!

Obedeció Cornias en el aire; orzó Leto vigorosamente, y el yacht fué virando y enderezándose, hasta ponerse horizontal

como le quería don Alejandro, y, según la lengua del oficio, *á fil de roda*, es decir, cara á cara con el viento.

En esta posición el barco, las velas, deshinchadas y lacias, comenzaron á restallar, con tal estrépito, que asustó á Bermúdez y sorprendió á su hija.

— Pasen ustedes ahora á este otro lado, — les dijo Leto, señalándoles el frontero al que ocupaban en el pozo.

Así lo hicieron, y con mucho cuidado para no dar con la cabeza en la botavara. Tomó el viento al balandro por aquella banda, cayó el aparejo hacia la opuesta; y henchidas de nuevo las velas, comenzó el *Flash* á navegar hacia la derecha, de idéntico modo que lo había hecho hacia la izquierda.

— Notarán ustedes — dijo Leto — que vamos caminando en zig zag. Con el viento por la proa, no hay otro modo de subir estas pendientes. Vean ahora lo que vamos adelantando en la subida. Ya cuesta trabajo conocer á don Claudio y á mi padre que se van alejando hacia la villa.

— La verdad es, — respondió Bermúdez,

dez, — que con estas aventuras había vuelto á echarlos de la memoria.



De bordada en bordada llegó el *Flash* á la ancha boca del puerto. Don Alejandro, que

no apartaba el ojo del carel de sotavento, lo conoció por las cabezadas que daba el barco, á causa de la *trapisonda* que ya había por allí, y por cierto malestar de su estómago. Dió entonces por más que suficiente la distancia recorrida; y con gran sentimiento de Nieves, que tenía los cinco sentidos puestos en los lances del paseo mar afuera, viró el balandro y se puso en rumbo al muelle. De esta manera iba empopado y sin las contrariedades que tanto molestaban á don Alejandro. Teniéndolo en cuenta Leto, izó toda la lona; y navegando así como una exhalación, pudieron estimar Nieves y su padre lo merecido que tenía el hermoso yacht el nombre de *Centella* que le habían puesto.

— Esto ya es cosa muy diferente, — decía Bermúdez al llegar al muelle. — Así ya se puede navegar á pierna suelta.

— Pues á mí me gusta más del otro modo, — contestó su hija. — Tiene más lances.

— Esa es la verdad, — añadió Leto saltando del balandro á la escalera para dar la mano á Nieves, porque habiendo bajado bastante la marea, eran muchos y esta-

ban muy resbaladizos los escalones descubiertos.

Ni don Adrián ni don Claudio andaban por allí rato hacía, ni se columbraba alma viviente en diez cables á la redonda de aquellos hermosos sitios que, por lo solitarios y mudos, parecían encantados...

